

ALBORADA

Revista de sociología, literatura y arte



Director: Mario C. Marcial - Administrador: B. Pereira



AÑO I

BUENOS AIRES, 1.º de MAYO de 1918

N.º 13

“TIERRA PROMETIDA”

De “Evocaciones”, libro de próxima aparición

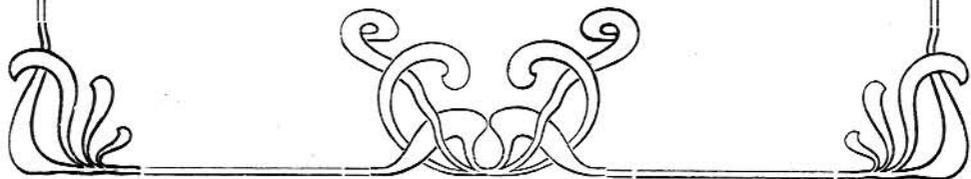
*Sacudiéndome el polvo de las plantas
iré a la nave que en el puerto espera,
y al viento tremolando la bandera
de las augustas rebeliones santas;*

*Con himnos de entusiasmo en las gargantas
de mi legión de rápsodas guerrera,
te dejaré, oh inhospital ríbera
de esclavos cuna y de ignominias tantas.*

*Y a la mar nos haremos presurosos,
desoyendo los cantos insidiosos
de engañadoras pérfidas sirenas,*

*y ofreciendo holocaustos a la vida,
bajo el velamen de esperanzas plenas
iremos a la “Tierra Prometida”.*

MARIO CATALDO MARCIAL.



ALBORADA



Revista de sociología, literatura y arte



Director: Mario C. Marcial - Administrador: B. Pereira

AÑO I

BUENOS AIRES, 1.º de MAYO de 1918

N.º 13

SER

(Especial para ALBORADA).

“Nuestras vidas son los ríos — que van a dar a la mar — que es el morir...”

Esa debería ser nuestra consigna: el símbolo del río que nunca para aguas arriba, recio, fuerte; arremeter con empuje y bravura los minutos de la vida tirana. Entregarnos, como el Cristo al amor, como Dante a lo eterno, como Goethe al hombre interior, como Voltaire al ataque, como Shakespeare a la pasión o como Lucifer al mal, pero entregarnos a una obra con todo el peso de nuestro cuerpo, nuestra psiquis, nuestras pasiones, nuestros amores y dolores ¡todo! al servicio de un ideal. Entonces, veremos que nadie resiste la feroz arremetida y los formidables mandobles de nuestra voluntad.

La voluntad cáustica, robusta, inteligente, enérgica y recta hacia un fin: eso es lo que nos falta.

Modelar nuestra estatua a pedruzcos violentos e imperecederos, sin fijarnos en las miradas indiferentes del transeunte descuidado y excéptico.

Poner como hombros, como columnas seculares, vidas, anhelos y todo lo que esa chispa admirable y luminosa que se llama *entusiasmo conciente*, encierra: eso nos falta. Persistir en un punto, en una idea, en una obra, en una sílaba, en una letra; pero persistir hasta el fin con dientes y uñas, a manotadas bestiales, tenaces, colosales, gigantescamente: eso es lo que nos falta, jóvenes.

Cada uno debe ser germen, brote, retoño; comienzo, iniciación, promesa, esperanza y realidad; manantial, arroyo, río y mar. He ahí la vida acabada para el *uno* y la posibilidad de seguirla para el *otro*.

Todo eso debemos ser, como las plantas: semilla, brote, retoño, rama, flor y fruto fecundo; y esto para otros brotes, otras flores, otros frutos: he ahí la vida progresiva y racional. Todas las mañanas debemos ser auroras preñadas de esperanzas, como el sol; espigas que empiezan a dorarse con el prodigio de la vida nueva que canta y salta.

pletórica de savia. Nadie debe trabajar para el *uno*, todos para todos: he ahí la fórmula.

Debemos ser vidas fecundas; construir un carácter, tener un alma límpida y serena y, no temiendo a las rocas tarpeyas de los convencionalismos sociales, tener aspiraciones morales en la convivencia humana.

Seamos latinos en cuanto a ideal de civilización, porque ella se basa en la educación del sentimiento y no en la técnica, más o menos asombrosa, que hace del hombre una máquina y no de las máquinas servidoras del hombre. Pero seamos como los *otros* en el método, es decir, en la voluntad siempre en vendimia, siempre en guardia, para cumplir aquel anhelo.

No nos sentemos al borde del camino como animales taciturnos, inmóviles y melancólicos, mirando pasar: arrojémonos a la corriente diaria y vivamos intensamente nuestra vida. Burilemos nuestras existencias en la acción y en el pensamiento para que ellas sean de metal por la fortaleza inquebrantable de sus luchas y de cristal por la pristina pureza de sus conciencias.

Que al final nuestro espíritu quede estereotipado en la calle, en la plaza, en el libro, en el diario, como en la piedra; incólume, potente, formidable, como una enseñanza. Que quede nuestra vida como un ejemplo, nuestro carácter como una escuela y nuestra obra como un hecho.

Estamos en el siglo en que las palabras sobran: hay que obrar, y obrar inteligentemente. Se fueron ya los vocablos de las almas fuertes: *hacer*, he ahí el lema actual. Hagamos, hermanos; que no se nos pueda decir mañana que hemos pasado sin dejar estela; que no hayamos pasado como sombras fugitivas y peregrinas; no haber sido un muerto caminante ni el hombre que pasa que dijera el poeta. ¡No! hacer nuestra jornada como la pena de un reo: paso a paso, como Sísifo la montaña, como los héroes que no se entregan en la primera en-

crucijada del camino; como lo manda la vida, como lo exige la ley universal de la gravitación de los seres inconfundibles.

SER siempre algo: una obra comenzada, un sol naciente, una aurora boreal del bien y el carácter; la iniciación de un algo superior y siempre una esperanza. Sembrar para que fructifique en el corazón de los hombres. Dejar nuestra huella bien marca-

da como el paso del peregrino del desierto. Jamás ser como aquellos que dijo el poeta que "miden sus pasos por los compases del juicio ajeno".

Y entonces veremos asombrados que nadie resiste los mandobles formidables de nuestra obra.

VICTORIO M. DELFINO.

LA HUMILDAD

Ser humilde, no tener aspiración, conformarse con lo que buenamente le concede el amo: he ahí la condición del "hombre-cero", del "individuo-nulidad", carente de ideas del ser que vejeta, que "vive" porque nació para vivir...

Ser humilde, presupone no tener personalidad propia, resignarse ante la aciaga suerte, lanzarse en brazos de la casualidad anuladora... Porque humilde se llama a los mendigos que imploran la denigrante limosna, a los obreros que se descubren respetuosos ante el amo, a los esclavos que besan la mano del verdugo que esgrime el látigo que flagela sus carnes. Porque la humildad es el signo de la resignación, del servilismo; y humildes son toda esa multitud que camina a tumbos, los ojos vendados, aferrados al pasado, sin sentir la realidad del presente, sin tender siquiera una mirada hacia el futuro.

La humildad la predicaron todas las religiones anuladoras de la personalidad humana; todos los dogmas políticos y religiosos, que en el gran desconcierto racional bregaron para poner su hegemonía y sus conceptos morales como única moral establecida. Sobre la humanidad y la resignación basaron su poderío los papas y los emperadores; y lo basan aún hoy los gobernantes de las modernas democracias, y hasta los predicadores del nuevo Estado: de este estado único y prepotente, preconizado por los socialistas, saciado en el mismo molde del Estado burgués, a base de autoridad, de desigualdades y privilegios.

La altivez — no la rebelión — es patrimonio de los hombres que saben por qué y para qué viven: de los hombres que son en la vida una unidad, que tienen valor propio, que no se dejan arrastrar por el

fatalismo que preside todas las acciones de moralidad e ideales uniformes; de esos hombres en lucha contra todos los males sociales, las acciones del montón anónimo que les agobian, que no confían su suerte al destino, ni se conforman con los desperdicios que dejan de su festín los lobos... Y son altivos, porque saben de sus derechos y quieren conquistar el puesto que en el gran "banquete de la vida" les corresponde.

El hombre altivo es noble. No quiere ser tirano ni esclavo, explotador ni explotado, gobernante ni gobernado. No pide limosna ni la da, porque comprende que la limosna denigra tanto al que la da como al que la recibe. Y, ante el burgués como ante el obrero, se presentan igual, altivo y sereno, con la fuerza del hombre que sabe está delante de otro hombre.

Los predicadores de resignación, esos que en todo momento recomiendan a las multitudes que sean humildes, que depongan sus altiveces, que esperen resignadas una justicia humana o divina que nunca llega, son los soberbios, los ambiciosos, los explotadores de la humildad, que ocultan todas sus ansias de predominio tras una mal disimulada hipocresía, la cual deja traslucir sus perversas intenciones.

Volved la vista por un momento, seres que vais por la vida desorientados, sin punto fijo, indiferentes a todo, insensibles ante el eterno dolor de la humanidad sangrante! ¡Volved la vista y contemplad por un momento el gran desconcierto, el doloroso contraste que reina en el mundo! Ved a los humildes y a los soberbios; a los unos viviendo miserablemente, a los otros viviendo con todas las fastuosidades y esplendores. Los humildes trabajan brutalmente, con resignación estúpida, muriéndose de hambre; y los soberbios en-

tregados al "dolce far niente", disputan lo que los otros producen.

En medio de todo ese desconcierto, veréis también a los altivos, a los rebeldes, a los inadaptados. Pero ellos son aún pocos y su formidable grito de rebeldía pasa casi desapercibido para los humildes, para los indiferentes: se pierde entre el clamoreo que parte de las bocas exangües que sólo sirven para originarles una tragedia.

Si volvéis la vista y contempláis todo esto, comprenderéis que vuestra resignación extinguida, que vuestro estoico sufrimiento, que toda vuestra humildad, es cobarde, impropio de hombres, y que es necesario ser altivo, tener personalidad, no ser "cero", para poder vivir; para tener derecho a la vida. Y a todos esos predicadores de resignación que os recomiendan

rindáis obediencia a los amos de toda la riqueza, a los ladrones y malversadores del patrimonio universal, a los tiranizadores y subyugadores del pueblo, les lanzaréis el escupitajo del desprecio, los aplastaréis como a inmundos y venenosos reptiles.

Ser humilde, resignarse ante la fatalidad de la vida, confiarse a la casualidad, creer que su destino está prefijado en uno de los números de la gran rueda de la fortuna, es propio de los "hombres-cero", de las nulidades, de los hombres-tomayo, sin ideales, sin aspiraciones, sin energía.

La humildad es el supremo recurso de los hipócritas, o de los impotentes.

EMILIO LÓPEZ ARANGO.

¿GUERRERISMO?...

No habrá paz en el mundo, hasta que el último de los reyes sea ahorcado con la tripa del último fraile.

VOLTAIRE.

Asistimos con máximo dolor, con amargurada angustia, al desarrollo de la terrible tragedia Europea. Es este espectáculo, tan inhumano y criminal, que amenaza derrumbar cuantos valores morales existen hoy, alimentando falsamente a los pueblos.

Sin duda, es así como un formidable badajo golpeando despiadadamente sobre la sensibilidad del mundo.

La historia encalló violentamente en el gran precipicio de este siglo: la guerra, sufriendo en su parte moral, (la más humana, la más educada) un golpe bárbaramente regresivo.

Las artes todas, las ciencias casi en su totalidad, hoy por hoy, dormitan en un estancamiento criminal. La evolución política de las naciones en lucha, espera sensiblemente una nueva ruta, pues, su destino, marcha bajo la influencia variable de las grandes batallas perdidas o victoriosas.

Y bien; el espectáculo se desarrolla en el seno mismo de la parte más "civilizada" del mundo; y sus efectos repercuten de polo a polo, siendo imposible como inútil, por lo tanto, permanecer neutrales. A todos nos interesa por igual, si lo miramos

dentro del concepto de humanidad. Unos están de parabienes, se regocijan, con el mismo júbilo de una hiena hambrienta ante su presa y cantan salmos a los que se despedazan en beneficio exclusivo del oro burgués. Otros, que son los parias, los que pelean, los productores de leyes, cargan y cargarán sobre sus cuerpos enfermos, las consecuencias dolorosas de esta bárbara debacle.

Y es entonces, por esta justa y grande razón que nos asiste en este momento de la historia, la obligación, como un supremo derecho, de pensar y accionar, bien sea para contribuir a la rápida y total caída de una de las partes en lucha, o bien, para hacer guerra a la guerra.

La indiferencia y el pacifismo patriótico o religioso, en estos instantes, resultan una sarcástica ironía, cuando no una cruel y fastidiosa charlatanería de feria.

Nos encontramos frente a la más emocionante convulsión mundial, de la cual depende la muerte o la continuación de los viejos y extorsivos valores, que han actuado hasta ahora.

Sabemos por una larga experiencia que las guerras se fraguan en los gabinetes de los estados: los hombres dirigentes, en combinación con los grandes capitalistas. Y sabemos también que el pueblo, la parte productora, que es la gran mayoría, no interviene absolutamente en los asuntos de gabinete. El vive ajeno, ignorando com-

pletamente las determinaciones de los pueblos.

En todas las guerras habidas, incluso la que ahora diezma a Europa, sus preliminares no han sido consultados con los pueblos, que trabajan, sudan y producen. La única comunicación que se les hizo, fué obligarles a que se alistasen y acudiesen a la defensa de "sus" patrias.

Y sabemos, además, que esos pueblos que mencionamos, jamás han dado sus votos inteligentes y concienzudos, optando favorablemente por un conflicto guerrero. Cuando no se han resistido a su realización, por la fuerza, lo han hecho moralmente, y de esto, fiel testimonio es la historia.

Sobre la guerra presente que nos ocupa, tenemos acreditadas declaraciones de prestigiosos hombres políticos, contrarias fundamentalmente a los principios y fines que nos han revelado los gobiernos, que se complementan con otras declaraciones de hombres eminentes en el campo científico y filosófico, cuyas declaraciones, claras y precisas, ponen al descubierto que la guerra ha sido tramada por ambiciones de predominio industrial.

Si bien es cierto que Alemania constituye una amenaza constante y funesta al mundo "civilizado", por su espíritu absorbente y militarista, no es menos cierto que Inglaterra, Italia, Francia, E. Unidos y demás países aliados, se mueven por este poderoso resorte: el capital, que, avariento y destructor, representa el flagelo mordaz y agotador de toda la clase desheredada del mundo.

El pueblo no debe ni puede, a menos de engañarse y traicionarse a sí mismo, ser guerrerista: él no tiene intereses materiales ni morales que perder ni que defender; nada tiene ni nada tendrá. Después de la guerra volverá a ser instrumento manejable de talleres y de campos, como lo era antes de ella.

En la historia de la humanidad ha sido siempre considerado como parte secundaria de progreso, en cualquier sentido que éste se haya manifestado. Ha sido productor obligado y forzado, y sólo ha dejado de serlo, para ser el soldado a la fuerza, es decir, "carne de cañón" como lo es en la actualidad.

A la historia se le ha comentado y cultivado siempre, en su parte política, militar y religiosa, la más criminal, la más inmoral; y jamás en su parte esencialmente colectiva y social; siendo sin embargo,

la clase productora, la que representa, juega y constituye el principal papel, es decir, la fuerza — madre de todos los elementos trabajados que se combinan para crear la super-humanidad.

Nosotros, con anhelante deseo preguntamos, ¿qué clase de vida mejor se le dará, a la gran masa productora, que en cualquiera de las partes hoy en lucha, en caso de que mañana una de ellas saliera victoriosa? ¡Oh, corazones e inteligencias que palpitan codiciantes y voraces, oro y más oro! ¡Nada nos daréis ni haréis, para una paz duradera, de armonía universal!

Vuestros intereses y dineros os tienen cohibidos en tal sentido.

Después de la guerra, bien sabemos que es lo que nos espera: la desesperante situación que nos otorgará la miseria; la orfandad y la viudez, sin consuelos de ninguna especie, y quizá, sí, el derecho de morirnos de hambre, porque no quedará ni un rincón donde dirigir nuestra lánguida mirada, esperando una "limosna por Dios".

Se ha colocado en el tapete de la discusión una "poderosa razón": que Alemania debe ser vencida, porque su triunfo "será una rémora para el mundo civilizado, retardando el avance de las grandes ideas de progreso y de moral, que llevan en germen un porvenir de libertad, de justicia y de paz".

Nosotros oponemos a esta frágil y política razón, la experiencia de muchos siglos, pues en todos los países, donde ha habido hombres en verdad, de civilización y de moral, humanamente superiores a su medio, han sido en todo momento perseguidos y encarcelados por los gobiernos, ya hayan sido éstos aristócratas o demócratas (1).

Además, hoy tenemos un hecho que asombra al mundo: Rusia, despótica, sangrienta y tirana, con su temeraria Siberia, que no ha vacilado un solo instante, jamás, en tronchar una cabeza rebelde, de su cuerpo: que ha mantenido a su pueblo, con pavorosos castigos, con represalias bárba-

(1) Kropotkine, huyendo de Rusia, expulsado de Suiza, y más tarde de Francia; Malatesta, de Italia; Ferrer, fusilado en España; Sebastián Faure, condenado en Francia; los ahorcados en Chicago (E. U.); Gorki, condenado y expulsado de Rusia; Bakounine, condenado a muerte en Inglaterra, en Alemania y en Rusia, etc.; pudiendo sumar a éstos, miles de casos análogos, sin contar además todas las represiones sangrientas, ejercidas por todos los gobiernos en los momentos que el pueblo en masa, agitábase en las calles en demanda, simplemente de pan o de justicia.

ras... hoy, ese pueblo, el más esclavo del mundo, está contraponiendo por la fuerza, un sentido libertador; se redime noblemente de todas las esclavitudes, y se yergue revolucionario y triunfante sobre la faz del mundo, como un faro orientador, como un estridente campanazo, de alarma y de aviso a todas las huestes proletarias de la tierra, indicándoles el camino a seguir.

Sabemos, sí, que la idiosincracia del pueblo ruso es distinta completamente a la del pueblo alemán; pero, sabemos también por convicción científica y filosófica, que nuestras ideas son de vida, y por consiguiente de humanidad, y que el pueblo alemán es humano y por lógica razón, es una parte de la humanidad, como lo es el pueblo ruso; y que, así como en Rusia los nobles propósitos y los altos fines humanitarios que informan nuestras ideas, han echado raigambres, y fueron piedra de toque, se repetirá en Alemania como en cualquier parte del mundo, en cuando ellos sean sembrados y se propaguen con energía y sin tregua, por hombres heroicos y dispuestos hasta el fin.

Todos los gobiernos son malos; aun el más bueno y mejor de ellos, es reaccionario y reprimente, frente a las doctrinas libertarias.

Jamás hemos sido idólatras de nadie, y es por esta razón, que hoy renegamos de nuestros primeros maestros; hemos trabajado nuestras ideas con todas nuestras propias actitudes, haciéndonos servir los ejemplos sociales, como ilustración y retoque a nuestras concepciones, que son de trabajo, amor y de sociabilidad.

Gobierno es sinónimo de desigualdad y opresión, en el sentido más despreciable de la palabra; y es por tal motivo que somos intransigentes: no óptamos por ninguno de los bandos en lucha.

Ser guerrerrista es contribuir a la perpetuación de la división de clases y por consecuencia, de nuestra esclavitud física, moral y social.

No somos guerrerristas, somos revolucionarios. Sólo así seremos coherentes con nuestras ideas. Sólo así aceleraremos su marcha triunfal por esta noche moral que nos circunda.

Y, sólo así, no llevaremos la vergüenza, como una actitud claudicante pesando sobre nuestra conciencia, tal una culpa grave y torpe, por haber servido a una causa de fuerza, de sangre y de crímenes.

¿Guerrerristas? No! ¿Revolucionarios? Sí!

ANGEL PRETTI.

EL 1.º DE MAYO

El primero de Mayo, no importa de qué año, en qué siglo ni en qué época, está fresco, patente, vivo, real. Ha sido ayer, hoy, mañana, siempre! En el cerebro de los hombres que sienten y piensan, está grabado con líneas indelebles; en las páginas de la Historia, está escrito con sangre de rebeldes, de apóstoles, de Hombres!, todo ese drama trágico; síntesis del régimen ignominioso en que vivimos; y está como un estigma vergonzoso y un anatema formidable para nosotros que conscientes lo soportamos.

En vez de conmemorar los mártires, escribiendo o hablando, debiéramos conmemorarlos accionando, haciendo, peleando!... Siquiera, así, seríamos dignos!...

Las víctimas de Chicago, las de todas partes y todos los días, deben dejar de ser mártires para ser maestros. No conmemo-

remos sus mártires; imitemos sus gestos, sus hechos.

Los hombres de acción deben estar en todas partes, firmes, resueltos a no retroceder.

¿Ser o no ser! Ellos han sido; han sido hombres defendiendo su barricada o su Ideal; y es por eso que siempre están vivos, con nosotros.

Imitémosle.

Los momentos son de prueba, firmes en nuestro puesto, con la vista fija en el futuro, no temamos a la cárcel ni al destierro; ellos son lenitivos para la lucha. Preparemos la Revolución que con ella habremos vengado, conmemorado y glorificado a los hermanos caídos en holocausto de nuestra, de la causa de la Humanidad.

No nos dejemos poner la mordaza burguesa, y aun con mordaza y todo, demos-

tremos que por nuestras venas corre sangre de rebeldes; demostremos que tenemos pechos, que tenemos cerebros, brazos, puños!...

Dicen que, lo que es posible en teoría también lo es en la práctica. Pues, bien; nosotros ya hemos teorizado lo bastante; ahora falta sólo concretar las teorías: hacerlas realidad, vivirlas!... Hemos soñado siempre con revueltas, con motines callejeros; con llamas, con incendios purificadores! Hagamos realidad, carne viva el gran poema!...

Los dolores del pueblo son un depósito de Dinamita; seamos nosotros la chispa que lo haga estallar en explosiones vindicadoras. Acordémonos de "las minorías revolucionarias" y salgamos a la calle seguros de que el pueblo nos seguirá.

El pueblo sufre y desea acabar con su dolor, con su calvario. Tiene ansias de pelea, de luchas intensísimas; ansia la revancha... y espera sólo que el clarín de guerra le anuncie la hora del combate. Las huelgas violentas, las revueltas y motines populares que periódicamente se vienen sucediendo son las manifestaciones inconfundibles del pueblo. Encaucemos esas energías...

Estrechemos filas y, vamos, compañeros!

¡Vamos con el pueblo a la pelea, a la Revolución!

Y habremos conmemorado el primero de Mayo.

LIRIO DEL CAMPO.

La evolución y la negación de la multitud

¿Qué misión desempeñan las multitudes en el ascenso de la evolución histórica?, el de obstáculo y negación a los avances de la misma.

Las multitudes fueron siempre el formidable escollo, contra el cual se estrellaron los geniales deseos y heroicos sacrificios, de los que pretendieron pulsar la Humanidad hacia el máximo de libertad, goce y felicidad.

¿Por qué razón se ha opuesto siempre la mayoría a los avances del Progreso y de la evolución? porque el concepto, la habitualidad, la manera de ser o creer de las multitudes, jamás ha dependido de una educación racional, ni de una instrucción científica, sino de la enseñanza que las dinastías y jerarquías inculcaran en la sucesión continua de generaciones y razas.

Amén de las múltiples y diversas religiones, las que llegaron a sentar plaza de falsas enseñanzas sofisticadas, basadas en la creencia ciega y absoluta de los falsos y ridículos dioses.

Por ejemplo; descarnemos y exhibamos la psiquis social de los creyentes católicos. ¿Qué creencia se alberga en la mente de éstos respecto a los sufrimientos y penosidades de la vida?

Es creencia ciega y arraigadísima de que las cosas tal como son "Dios las dispuso así". No olvidemos que esa falsa afirmación ha sido constantemente pregonada por los frailes, curas y monjas.

¿Qué fin perseguían los falsos "ministros de Dios" al inculcar en la mente de hombres, niños y mujeres semejante absurdo?, cultivar en ellos el engaño, puesto que ese engaño traería inevitablemente la resignación.

Así vemos, como el creyente católico es el hombre que más resignadamente soporta los reveses e injusticias de este opresor y tiránico régimen, creyendo realmente que las cosas sean así; por haberlo así dispuesto su imaginario Dios.

Ellos creen y soportan resignadamente, el opresor supersticiosamente calla, oculta y ríe. No sólo existe la superstición religiosa, también existe la superstición política — fiel sucesora — del poder contemporáneo del clero y del Papa; ayer se inclinaba el hombre ante la cruz, hoy cede ante la espada y la ley.

La Humanidad ha cruzado por tres penosas etapas de feroz dominio. La primera fué el dominio de la fuerza bruta, sistema en el que la sagacidad y la superchería no podían vencer a las hercúleas musculaturas de los campeonatos del arma blanca; mas la superchería no perdió las esperanzas del dominio; y lo consiguió con la creación de las religiones.

Todas y cada cual sacrificábanse en holocausto a su "Dios", y los ministros de esos dioses llegaron a ser los dominadores del género humano.

Mas como los dioses imaginarios repo-

APOTEOSIS

El hércules de indómita pujanza
vencido ante el obstáculo soberbio,
hizo del corazón y el alma nervio
y duplicó su fuerza en la esperanza.

Echó hacia atrás su anárquica melená,
hinchó tu tórax de rebelde griego,
dilató sus narices de oso, y luego
de una patada se cubrió de arena.

Desatóse su furia inevitable,
y ante la muchedumbre miserable
que se reía con bestial neurosis,

el héroe rompió todas sus cadenas,
y saludó su triunfo de apoteosis
una explosión magnífica de venas!

Bartolomé Galíndez.

* * *

CANTO A TI

Para ALBORADA-

*Yo te daré mi cuerpo, Madre mía...
yo te daré mi cuerpo, limpio y sano,
para que tengas siempre, en demasía,
al laborioso alcance de tu mano,
un palpitante acervo de energía
apta a tu eterno parto soberano...*

Madre Tierra: yo te adoro...
Para ti tengo un altar
donde de rodillas oro
cuando te quiero cantar...
Madre Tierra: yo te adoro
de hinojos ante tu altar.

No te engañan mis amores
en perpetuo amanecer;
ellos son, como tus flores,
las bellezas de mi sér...
No te engañan mis amores
en eterno amanecer.

Nunca engañan los que sienten:
¡más silencian si más aman!
Hablan mucho los que mienten;
mienten más los que declaman...
¡Que no engañan los que sienten
dícenlo los que más aman!

¡Los que insurgen son los buenos:
los odian dios, patria y ley;
Y estos, Madre, son los menos,
—que en la humana, torpe grey,
los que insurgen son los buenos,
los que mueren en su fey.



HEROE

Para ALBORADA.

Tú, que te sientes héroe, vive todo tu ensueño;
tú, que eres fuerte y joven, no te dobles jamás;
da misión a tus alas de huir de lo pequeño,
y en la empresa más árdua nunca vuelvas atrás!

Despósate la vida, posee la victoria;
como un guerrero bárbaro hazte de tu botín!
Al hierro, hierro; apaga los lloros con la gloria
triumfal de los acordes guerreros del clarín!

Que nunca sea blanda tu frase: yo he caído
por ser dulce y ser bueno, como lo fué Jesús!...
y jamás te olvides que tras de su entusiasmo,
amaga con sus brazos escuetos el sarcasmo
negro de las maderas malditas de la cruz.

Tú has soñado con tanto dulce sueño, oh, her-
[mano!

ves sufriendo a los prójimos hambre de amor y pan
y ves, sobre las alas sutiles del ingenio
la pezuña asquerosa del torpe Calibán!

Tú, que te sientes héroe, que eres joven y fuerte,
dí si serás de acero, si no tendrás piedad!
¡No! si tú tienes ese corazón miserable
que le teme a la vida, al amor y a la muerte,
y un día, luego de un hecho heroico,
de vengar a un hermano!

pensará... pensará... y romperá a llorar!

Montiel Ballesteros.

Los que te cantan y adoran
son. Madre, los que te entienden;
no los necios que te imploran,
ni los viles que te venden...
Son los que cantan y adoran
los únicos que te entienden.

Los que siembran en tu entraña
te entendían también
si la «Justicia» tacaña
no les diera mal por bien.
Dáale, Madre, de tu entraña,
odio al triste, y luz también.

Odio y luz—rabia y cerebro,—
que le enseñe a no transar,
y del capcioso el requiebro
sobre su boca a aplastar.
¡Sí! que fije en su cerebro
como en su odio, el «no transar».

Los que nutren tu sentido,
que con futuros deliran,
son los que en tí han conocido
el ideal en que se miran:
los que entienden tu sentido,
los que sueñan y deliran.

Yo te adoro a tí, morena,
porque tú eres generosa
y eres saludable y buena;
Madre siempre, siempre fosa...
No te adoro por morena
sinó por lo generosa...

Yo te adoro así, inocente,
incubando el fruto de oro
tras la flor—astro naciente,—
promisor de aquel tesoro...
Y porque eres inocente
te amo más que al fruto de oro.

¡Oh fecunda Madre casta,
de mi amor, virtual locura!
—Ya verás que hasta mi pasta
te dirá en la sepultura:
¡Sí, te adoro, Madre casta!
¡Te idolatro con locura!

¡Y cómo no ser querida,
si eres siempre, en toda suerte,
caminito de la vida
y refugio de la muerte?

Madre eterna, bien querida:
serlo todo, ¡esa es tu suerte!

Madre: como al sol yo te amo,
—prosternada mi alma, reza...
Escucha, Madre, el reclamo
de amor, de bien y belleza:
jamás que al sol y a dios, yo te amo!
—con que así mi alma te reza.

Los que saben comprenderte,
esos, nunca te han vendido:
te han amado siempre fuerte.
¡Sólo entienden tu sentido
los que saben comprenderte,
los que nunca te han vendido!

Los que contigo han medrado,
nunca, jamás, te han querido,
como en tu luz no han vibrado
y ni en tu amor han vivido.
¡Nó de nó: los que han medrado
contigo, no te han querido!

Nadie, nó, cual yo te quiere,
—que sé disolverme en tí
como el que a la vida muere.
Por más que digan que sí,
nadie como yo te quiere,
pues yo sé fundirme en tí.

Lástima que con fronteras
y prédios de explotación,
fuistes en todas las eras,
de los tristes, maldición...
¡Madrstra, con las fronteras!
¡Cárcel con la explotación!

Sobre tí, sobre tus senos,
hago estos versos ahora.
¡Que ni malos son, ni buenos?...
¡Y qué, qué, si el que te adora,
sobre tí, sobre tus senos,
los ha terminado ahora!

Fernando del Intento.

* * *

LA MENDIGA

Es de la vida en la penumbra opaca
donde se esfuma silenciosamente,
la deforme silueta, sucia y flaca,
de esta anciana caduca ¡mal oliente!...

¡Triste trofeo! En su vejez doliente
del rostro hasta la piel se le destaca;
son tantas las arrugas de su frente
que ante ella es suave su rugosa estaca!

¡Luz de miseria! denigrante tilde,
que hasta el pillete erigese en verdugo
cual befa de otra vida que comienza!

Y ella por caridad... con voz humilde,
de puerta en puerta pedirá un mendrugo
cuando decir debía: ¡habed vergüenza!

Fidel Solari.

* * *

EL PARQUE LEZAMA

I

Hay vida en la polícroma paleta
de tus flores, y vida hay en los ojos
de tus amantes, vida en los fulgores
de ese sol, todo luz, sol anacreóntico
que pone en todo su caricia y que hace
los labios más sonoros
cuando perfuman al hablar de amores
tu ambiente de jazmines y heliotropos.

Tú eres el patrimonio que legáranos
un fidalgo — fidalgo por ese acto.—
Tú acoges con bondad sexagenaria
nuestra inquietud, nuestra tristeza; un algo
que no sé definir pero que vaga
en medio del bullicio ciudadano
esos días de fiesta...

¡Gracias parque,
que llenas a los hombres
de bucólicas ansias,
de agrestes emociones!

II

Es una diáfana cristalería,
la carcajada de los chiquilines
que llevan hacia tí, oh viejo parque,
sus corazones donde se deslíe
un alegre sonar de cascabeles
que inundan de alegría tus pensiles
como una guiñolesca
farándula de títeres.

El turbión de chiquillos
fué hacia tí bullicioso,
clarineando las íes de sus risas,
y llenó tus reposos,
tus reposos de anciano con su alegre
voz onomatopéyica...

Los oros
de tu sol constelaron las doncellas
que hacia tí con un ritmo cadencioso
se allegaron... Doncellas que venían
a confundir sus carnes de rosales,
de amor refllorecidas,
con la carne rosada de tus rosas
en comunión de juventud y vida.

Llegaron los ancianos
a buscar la quietud de tus rincones,
y a poner el nostálgico consuelo
de sus recuerdos sobre
las risas infantiles...

Y a la vera
de tus frondas y flores,
yergue el «Museo Histórico»
su vetustez y pone:
asombro en el candor de los chiquillos,
recuerdo en la memoria de los hombres,
como anciano que narra sus historias
a otras generaciones...

En estivales horas,
en románticas noches,
al cadencioso ritmo de las bandas
y a la rima fugaz de sus acordès,
¡oh, floridas barrancas, cómo inunda
la juventud tus sendas de colores!
¡Oh, líricas barrancas, cómo siembras
el parque de promesas y emociones!

E. Morales.

* * *

EROS

Cuando el hijo de Venus su arco tiende
y clava el dardo en una carne sana...
el grito de los gérmenes, se extiende
y sube en himnos hasta la lejana

mansión eglógica de Anadiomèna...
Se alborozan la fuente y el rosal,
y un vivo resplandor el cielo llena
iluminando la ocasión nupcial...

El hombrequito de las alas de oro
y las flechas perversas y sutiles,
busca luego el regazo de Afrodita...

La isla sagrada con su aroma, incita
a dormir blandamente, en los pensiles
como un rey Midas, entre su tesoro!...

Enrique de Leguina.

* * *

SUPREMA

Sobre una roca negra, fulgurante,
perdida como en nébulas de espuma,
reteniendo a los pies encadenado
vano tropel de espíritus maléficos;
soberbia como el Sol y sensitiva
como una rosaleta de tugurio,
y ostentando en la frente de magnolia
un astro rojo, a modo de las píerides;
sonriente y esparciendo con los lirios
de tus manos hieráticas las Gracias,
envuelta en el perfume de mis rimas
y en medio de un silencio apocalíptico;
romántica, intangible, ultraterrena,
más que mujer: irradiación rebelde
con alma de Canción, suprema, única...
¡Quiero que por los siglos de los siglos
en que, inmortal, mis cántigas ilustres,
te reflejes, Amada, en la pupila
sangrienta de los Dioses!

Miguel de Arzubiaga.

* * *

MOMENTO

¿Recuerdas?: un dondón de la iglesita
interrumpía, a veces, nuestras cosas
y abandonaba tristes
sus más dolientes notas,
un paseante importuno, una pareja
de otros enamorados o unas locas
risas de chiquilines, después: siempre
un sagrado silencio en lentas ondas
juntaba nuestras almas
y unía nuestras bocas.

Fué en aquel apartado lugarcito
nuestra cita primera...

Y si pasan los años, siempre, siempre al pasar por allí ¡oh, amiga buena!, dirá tu corazón: fué aquí, fué allí, fué allá, fué aquí, ¿recuerdas?

El tramonto pintaba de violeta la copa de los árboles, el añil de los cielos se azulaba, el mutismo era grave, y en todo como un tuí, vago, incorpóreo vestía de crepúsculo la tarde.

Y el lugar era quieto, recogido del vulgar agetreo ciudadano: —Como un retazo de naturaleza puesto allí por un dios enamorado.— Aquí alzabase anacrónica iglesita, allá un muro, unos álamos, aquí un jardín.. ¡Oh amiga, amiga buena, en él te abandonaste entre mis brazos! Nunca lo olvidarás: fué allá, fué allí, aquí un beso, otro allá... ¿Cómo olvidarlo? ..Y hoy y siempre, oh amiga, buena amiga, ¡con qué dulce emoción lo recordamos!

Augusto M. Fiolgán.

* * *

ELOGIO DE LAS MUJERES CAIDAS

Yo siento por vosotras un cariño de hermano, ¡oh, mujeres caídas! Un amor extrahumano experimento cuando el mundo os señala con su dedo inflexible! Como bajo de un ala quisiera protegeros de la impiedad humana que os escarnece y hiera más que a una cristiana! Vosotras, las mujeres que por amor caísteis, sobrelleváis la pena, por todo lo que hicísteis,

de un pasado, un presente, y, tal vez, de un futuro. Nadie en defensa sale, contra el destino duro, de vuestras pobres vidas proscriptas y angustiadas, que, porque amaron mucho, al pronto perdonadas debieran ser, cual hizo Cristo con Magdalena. ¡Quién no amó con locura, ese todo condena!

Yo os comprendo, buenas mujeres amorosas, que caísteis en redes suaves y voluptuosas...

El Amor, por esencia, es cosa deseable y deseosa: es cosa, en suma, irresponsable...

¿Quién, que fuera sincero, duro condenaría a una mujer que, amando, en el amor caería?

¡Nadie podría hacerlo si adoró con vehemencia allá en la impresionable y breve adolescencia, cuando sólo unos ojos le trastornaban todo y era su carne ardiente más impura que el lodo a fuerza de deseos y vehemencias sensuales!

¡Oh, edad irresponsable, hervidero de males y de bienes a un tiempo! ¡Edad toda deseo que nos roba la vida, cual buitre a Prometeo!

Yo por vosotras siento un amor indulgente, ¡oh, mujeres caídas! Sé cómo es de exigente el Deseo, que arrastra a todos los abismos, sin que, al pronto, nos demos cuenta nosotros [mismos...

Sé que el Amor enciende en llama ofuscadora y nos deslumbra como si de pronto una aurora irradiara en la noche! Por ello no condeno vuestro pecado... En cambio, sin escuchar el trueno de la cólera humana, que os llama pecadoras, os miro como a grandes y nobles amadoras que os entregásteis a los deseos sin nombres, ¡sin esperar las leyes ni sanción de los hombres!

López de Molina.

Rosario, Estío de 1918.

LOS ALACRANES

Al que le caiga el sayo...

Son los atorrantes de la literatura, y, aunque como las malas hierbas, abundan dondequiera, pupulan con mayor profusión en los cafés y bars de menor cuantía. Hojarasca inservible que rueda sin rumbo entre el lodo, allí es el rincón en donde la arremolina el viento de la derrota. El café es su areópago y su refectorio. Allí realizan sus ágapes, a base del clásico "completo", pagados siempre por algún obrero inculto que, debido a su ignorancia, los toma por talentos literarios auténticos, o por algún neófito, generalmente poeta tilingo, a quien engañan con frases de relumbrón y elogios interesados; allí celebran sus conciliábulos,

mejor dicho, sus aquellarres en detrimento de todos aquellos que han conseguido abrirse paso y, por lo mismo, no pertenecen a su camarilla; y, finalmente, allí levantan el altar en donde inútilmente queman el incienso de sus alabanzas en homenaje a sus augustas, cuanto desconocidas personalidades...

Ellos se dicen bohemios, pero del bohemio no tienen más que el disfraz; quitándoles la careta y la melena, se ve que son alacranes, peores que sus homónimos zoológicos.

Su psicología, igual que la de todos los nulos, revela en ellos como rasgos característicos las infulas, la quisquillosidad y la pedantería más extremas. Gorriones

con pretensiones de águilas, son susceptibles como los "postergados" del estilista francés y altivos como reyes de opereta. El orgullo los ciega de tal modo, que todos sus traspies los atribuyen a insidias y confabulaciones. Y a este respecto, no hay Cristo que los haga apeaar del asno. Si no brillan no es porque carezcan de luces, sino porque la envidia rastrera se entretiene en envolverlos entre sus sombras. Nunca sus fracasos se deben a su incapacidad ingénita, ¡eso jamás!, y tratan por todos los medios de demostrar que, si son vencidos, su derrota se debe a su rebeldía de hombres íntegros, a su dignidad intransigente de literatos concienzudos, en una palabra, a su inadaptabilidad al medio ambiente corrompido. Y esto lo afirman con tal convicción, que no puede dudarse de que lo sienten así. Los infelices Sanchos que se ponen la armadura del Quijote y, a fuerza de usarla, llegan a persuadirse de que son Quijanos en realidad.

A despecho de todos sus contrastes — que son muchos, porque todo lo intentan y nada consiguen — se creen genios incomprendidos, y ¡guay! de aquel que se atreva a hesitar de que lo son. Si no es un comprado para empequeñecerlos, es un retrógado acomodaticio, o un envidioso, o un imbécil, o las cuatro cosas a la vez. Y, de común acuerdo, lo lapidan con esta frase despectiva, que usan a troche y moche y tiene para ellos el peso de una sentencia salomónica: "Es un pobre gato de baño..."

Cerebros atrofiados, o simplemente vengativos, vejetan en la inercia morbosa a que los condena su propia impotencia sin producir nada. Su misión en la vida se

reduce a maldecir de la humanidad ignorante que no los comprende y a destrozarse la gloria de los demás. No respetan a nadie. Reputación que caiga bajo sus uñas es desgarrada implacablemente. Y nunca les falta motivo, pues con su estrabismo de espíritu y su miopía convencional, todo lo ven deforme y digno de vápuleo. La obra ajena la juzgan siempre por sus pequeños errores y no por sus grandes cualidades. De modo que para ellos el mar sólo contiene resacas y no espumas y perlas; las rosas no tienen perfume, sino espinas; el cielo nubes, no astros. Hacen como aquel labriego envidioso que, cruzando el campo de su vecino, señalaba la cizaña y los cardos, y hacía como que no veía las margaritas y los trigales!...

Empero, lo más gracioso en estos aristarcos de celuloide, lo que resulta cómico en grado superlativo, es que ellos creen a pies juntos que sus tiros al aire dan en el blanco. Se figuran que sus manotones de ahogados son mazazos formidables, aplastantes, demoledores. Tienen la seguridad de que aquellos que ellos ponen en su "Index", quedan anulados definitivamente para siempre. No ven que las piedras que arrojan con débil brazo, como el "bugmeray" de los indios, después de describir una parábola insuficiente, vuelven a caer sobre ellos, hundiéndoles más en la charca, en donde se agitan chapaleando a manera de batracios que pretendieran saltar de fango al firmamento!

¡Pobres ilusos! ¿Cuándo se convencerán de que, como los del personaje de Zorrilla, los muertos de ellos matan gozan de buena salud?

D. J. FIRPO GARELLI.

Números próximos de ALBORADA:

"Los dientes del perro"

Comedia dramática en un acto y dos cuadros, original de

GONZALEZ CASTILLO

y ALBERTO WEISBACH

POESÍAS

— DE —

JOSUÉ CARDUCCI

Versión castellana de

MARIO CATALDO MARCIAL

Próximamente aparecerá un tomo de poesías, titulado:

"EVOGACIONES"

— Cantos de amor y de gesta —

POR

MARIO CATALDO MARCIAL

El producto de este libro, el autor lo cede a beneficio de esta revista.

Pedidos a la administración, Estados Unidos 3725, a nombre de Mario Cataldo Marcial.

CRONICAS PARAGUAYAS

La venganza de Venus

Cuenta la historia, que cuando Solano López, derrotado, abandonó Corrientes y Humaitá y Asunción, y marchó hacia la cordillera, casi toda la población de la capital siguió al caudillo en su huida, confiada siempre en la victoria que los caudillos no dejan nunca de prometer a sus adictos.

La capital entonces quedó desierta, o poco menos; la turba de extranjeros de todas nacionalidades que seguía al ejército aliado, como los buitres en procura de despojos, tomó posesión de la ciudad abandonada con las viviendas, aún tibias, de la población errante, formaron la base de una generación nueva que en el futuro habría de agruparse bajo la misma bandera mancillada.

Los paraguayos, en tanto, continuaron en su lucha de titanes ofrendando la vida a la quimera por la cual habían destruido ya su progreso, y fueron pocos, muy pocos — como se sabe — los que escaparon a la hecatombe.

Tan sólo invasores y mujeres abandonadas quedaron en Asunción...

¿Qué pasó, entonces? El espíritu agonizante de la raza aniquilada inspiró a las novias y esposas abandonadas la necesidad de formar pronto, urgentemente, otra raza que vengase los agravios de la derrota?

¿La ley de la especie castigó, en aquellas mujeres, del delito de los hombres que contrariaron los designios de la Naturaleza con un inaudito suicidio colectivo?

Los historiadores contestan a estas preguntas con los colores de sus respectivas banderas.

Lo cierto es que el Amor rompió brutalmente sus diques, todos los que el pudor, el buen gusto, la sensatez misma levantan en defensa de lo máspreciado que tenemos los humanos. Entiéndase bien: desaparecieron las trabas molestas que hacen del Amor, en la sociedad actual, una parodia vilmente grotesca y las leyes inmutables de la belleza, dentro de las cuales los griegos — sabios del vivir — supieron exaltarlos a su expresión más sublime.

Cuentan los que recuerdan el gestar del nuevo pueblo, cómo desde la prensa, desde las tribunas y desde el púlpito se concitaba a repoblar el país. Y es claro, ellas, las

eternamente impresionables, ofrendaron sus entrañas... era necesario...

Nadie se extrañe de esto, que es una forma hermosa de heroísmo.

Pero como parece que en este dichoso Universo todo está arreglado de modo que todo en él sea sencillo, y no cuadren en su infinita armonía los desplantes violentos, las actitudes forzadas, las sangrías improvisadas, — malo fué para el porvenir del pueblo asunceno el modo con que las mujeres de aquel tiempo practicaron la función que, bien llamada no es función sino placer puro, enaltecedor y fecundo, como malo fué para el Paraguay haber conquistado una gloria que redundaba en detrimento de la especie.

El Amor, cuya libertad salvaje era sancionada por las mismas instituciones que en tiempos normales dictan leyes para sujetarle, desbordó su acción violenta por todos los órdenes, por todas las clases, y en su irrupción formidable y antinatural, destruyó, entre otras muchas cosas, su propia esencia. El sentimiento, la pasión misma, no pueden ser decretados por ningún poder moral ni temporal.

Quiero decir con esto, que en aquella libertad improvisada, que dejan adivinar las crónicas, que recuerdan con una faulesca sonrisa los viejos de la época, y que constato en el aspecto de las mujeres de hoy y en el raquitismo moral, intelectual y físico de este pueblo vencido — definitivamente vencido — que no ha sido, que no puede haber sido engendrado sino así, como lo concibo yo en un momento de extravío colectivo tan completo, tan absoluto, que ni para la función más espontánea pudo encontrarse acierto o aptitud — quiero decir que en aquella libertad artificial con que se quiso aumentar la potencialidad del Amor, murió el Amor, lamentable, grotescamente asfixiado de ridículo y monstruosidad.

Las generaciones no se improvisan, como no se improvisan los frutos.

Tomad un campo fértil, trazad en él surcos apresuradamente, introducid en las grietas gérmenes a puñados; traed un fuego artificial que reemplace al calor creador del sol, que no llega antes de su hora, y líquidos que rieguen la tierra como en

épocas propicias, la lluvia; enseñadme, luego, los frutos de esa siembra...

Más tarde hablaré de los hombres, que en este esquema necesitan capítulo aparte, para ocuparme solamente de las mujeres de Asunción, en cuyos semblantes están grabados con una fijeza angustiosa, todos los rasgos de aquel minuto de locura.

He visitado todos los lugares donde la mujer podía ofrecérseme con alguna fidelidad y la he visto en todos ellos lozana, hermosa, fresca, con los colores de la aurora en las mejillas, pero con la ciencia del placer, del placer brutal, improvisado, fácil, — del goce que toca al límite donde empieza el dolor, — trascendiendo desde las pantorrillas desnudas, tostadas por el sol, hasta la frente espaciosa y bien formada donde he buscado con rabia, el punto por el cual se coló aquella inspiración funesta, aquel monstruoso delito de lesa Naturaleza.

Ah, muchas veces desde que resido en este pueblo, he sentido helarse en mis labios — donde a menudo se borra el pliegue de la reflexión — la frase galana inicial del *flirt*, por que en el matiz sonrosado, en las líneas armoniosas, en el fuego de las

pupilas, en el conjunto bello, en fin, que me brindara el olvido de mis filosofías, — he notado algo que no puede decirse sino al oído y que me ha hecho estremecer.

Me he ido, entonces, triste, cabizbajo, por las calles quebradas y desiertas de la capital paraguaya. En ellas, donde no reina clase de heroísmo, — femenino o masculino — el perfume del sándalo y de los naranjos me ha devuelto el optimismo.

Y bien que me he alegrado de haber huido del placer enervante e infecundo que dejé a mis espaldas — laborando generaciones que mañana dirán a otros observadores cómo fueron concebidos, — porque en el perfume de vida en que la Naturaleza me ha envuelto, he creído ver, magnífica y amenazadora, la imagen olímpica de la creación de Apuleyo: la Venus ofendida e implacable, esta vez suprimiendo, como atroz castigo, sus dones de belleza a todo un pueblo, que en mal momento olvidó cómo se cumplen los designios de la diosa, cómo se ofician los ritos naturales y sagrados del Amor.

DANIEL D. QUIJANO.

Asunción, Septiembre 1917.

AFIRMACIONES

Hace más de cien años que la faz moral de la sociedad fué cruzada por este latigazo: "la propiedad es un robo"; y hace otros tantos años que la sociedad aplaudió esta clarinada: "la expropiación es un derecho humano". Sin embargo los hombres, casi sin excepción, continúan apropiándose de la tierra, los productos y las bestias, y condenando la expropiación. La moral anti-revolucionaria continúa en pie. Los hombres sostenían antes un error; hoy sostienen una convicción, sin variar el principio. Son conscientes de un delito: el de la propiedad: el del robo.

El hombre es la hechura más vil de la naturaleza. Esta le ha dado la inteligencia para que fabrique el yugo con que ha de uncirse a sí mismo. Descubre los medios de liberarse y se esclaviza a ellos; rompe una cadena y luego la remacha a sus puños.

Leyes atávicas de esclavitud lo sujetan a una rutina detestable.

Los hombres generalmente tienen dos clases de moral: una pública y otra privada. La pública la utilizan para aparentar lo

que no pueden ser en privado. De la privada no le pidáis cuenta: ¡nadie debe internarse en la vida íntima! Esta puerta hermética es un recurso de los miserables para esconder sus cobardías.

El problema económico es un enorme un defensor de la libertad, un decidido predicador de la verdad, un apóstol, un embanderado de las redenciones populares; en casa se puede ser un factor de discordia, un borracho consuetudinario, un tirano de sus descendientes y de su mujer.

Las dos morales quedan satisfechas...

El problema económico es un enorme pajarraco negro que proyecta su sombra aterradora sobre el mañana de la existencia y obliga al hombre a aferrarse despavorido a cualquier miseria terrestre. Esa es la causa del encorvamiento moral de la época. El mundo idealista va desapareciendo a la sombra de este fantasma; y la humanidad se torna conservadora; Sancho, que se abraza a cualquier madero flotante en el naufragio, sin pensar, sin reflexionar que detrás de las borrascas viene la calma.

HÉCTOR MARINO.

EN LA CUMBRE

(RECUERDOS DE VAGABUNDO)

Ese amanecer tan plácido del 21 de noviembre, nos levantamos, cuando todavía las estrellas lucían como piedras diamantinas sobre el azul violeta del cielo cordillerano. Nuestro propósito era ponernos en marcha lo más pronto posible hacia la cumbre, antes que el Sol, con sus ardientes rayos ablandara la nieve e hiciera penoso y abrumador nuestro trayecto.

En efecto, después de servirnos un succulento desayuno, que mi compañero preparó en una cocina improvisada, echamos nuestros bagajes a la espalda, y seguimos caminando como verdaderos turistas, a pesar de ser nuestras indumentarias algo desperjuiciadas, pues tirábamos más a vagabundos que a exploradores...

Por fin después de una pequeña curva que hacía la vía para cruzar una meseta de cerro, divisamos a poca distancia, la boca negra de un gran túnel que atravesaba el corazón de esa montaña gigantesca.

A la derecha apenas se distinguía la punta de los postes telefónicos que a manera de reclutas permanecían alineados como esperando la voz de mando de algún ser invisible que los sacara de su monotonía. Mi amigo más práctico en el vagabundaje, me hizo descender por el terraplén, hasta un pequeño desfiladero de peñascos verdosos, donde nos paramos un rato para tomar alientos y acometer una gran pendiente perpendicular que debía conducirnos hasta un punto muy avanzado del camino.

Por aquí — decía mi acompañante — el camino es más largo, pero en cambio no seremos vistos por los guardias: a estas horas todavía duermen como un lirón, y podremos muy bien escabullirnos sin ser vistos. Porque a lo mejor — continuó diciendo — como tú sabes, a esos señores se les antoja preguntarnos por los documentos y pasaportes o averiguar quiénes somos y para dónde vamos.

—Es verdad — respondí a medida que subíamos la pendiente que debía conducirnos al camino.

Cuando llegué al camino, mi amigo me esperaba sentado encima de una piedra cónica que se había librado de la nieve por estar debajo de un gran peñasco, que por capricho de la Naturaleza permanecía en

forma diagonal, sujeto por otras dos grandes moles que le servían como bases.

Después de otro nuevo descenso debajo de ese peñón exótico emprendimos nuevamente la marcha y mi compañero enseñando con la punta de un palo que le servía de bastón, una gran concavidad que se veía allá arriba de la montaña más alta me dijo: ¿ves aquéllas?

Sí, respondí.

Pues bien, ese peñasco tan estrambótico, el cual nos sirvió de caverna por unos minutos, se ha desprendido de allá arriba, tal vez por uno de esos grandes movimientos sísmicos que revolucionan la tierra y que a fuerza de un trabajo incansable se han venido amontonando a través de los siglos.

Así, a medida que caminábamos, mi compañero iba detallándome minuciosamente los más mínimos detalles de lo que a nuestro paso encontrábamos. La numeración kilométrica la encontramos a la vuelta de un recodo, y marcaba sesenta y ocho kilómetros de vía y una altura de cinco mil doscientos metros sobre el nivel del mar, media hora más de marcha y pondríamos término a esa ascensión tan elevada. La nieve crujía bajo la suela dura de nuestros botines, dejando una huella deformada que pronto desaparecía: el frío no lo sentíamos a pesar de haber una temperatura de cuatro grados bajo cero; únicamente un cierzo huracanado pasaba silbando por nuestros oídos.

Al cabo de veinte minutos de caminar, mi compañero rompió el silencio con un estruendoso grito que repercutió simultáneamente en todos los peñascos y ventisqueros.

¡Eureka!! ¡Eureka! — gritó — por fin vamos a llegar. ¡Allá se divisa el Cristo!

En efecto, doscientos metros más allá, se veía una especie de pirámide, que a medida que avanzábamos se iba reconociendo el rostro de una estatua que se elevaba por encima de la nieve.

Aquel "Cristo Redentor" en medio de ese panorama siberiano es el símbolo de la fraternidad que ambos países han elevado; símbolo de contradicción, por ser el resguardador de las fronteras que engendran el Odio entre los hombres... Ahí al pie de ese Cristo solitario, de acero, que

como un individualista fanático y mudo, contempla a los viajeros y vagabundos, nos detuvimos a contemplar el panorama majestuoso que a nuestra vista se extendía, como la cinta de un cinematógrafo fantástico. Eran las cinco, y de la mañana y estábamos en plena cumbre.

Allá en el horizonte remoto, a manera de un cráter en erupción, el Oriente estaba

teñido de un rojo violáceo que se iba metamorfoseando en un rojo cada vez más subido; aquel combate de colores tan vivos, se extinguió con el primer rayo de sol tibio, que cubrió aquel sudario dándole un aspecto soberbio y artístico, digno de la mano de algún maestro en el arte de la Naturaleza...

FRAY ANDRÉS.

LÁZARO

De Gabriel D'Annunzio.

Estaba allí tieso fuera de la barraca, medio imbecilizado, embolsado en la malla sucia que le hacía arrugas bajando por las sutiles canillas; miraba la campaña *squillida*, taciturna, enristecida por algún esqueleto de árbol erguido fuera de las bajas nieblas, bajo la humedad angustiosa del cielo; miraba y dentro los ojos veíase un feo brillo que acusaba hambre; la barraca cubierta de telones blandos por efecto de la lluvia, allí junto en la penumbra, parecía una enorme bestia huesuda y de piel chupada.

No había comido desde el día anterior: los últimos bocados de pan, habíase los engullido, por la mañana, el niño, aquel pequeño monstruo humano de cráneo calvo e hinchadísimo como una enorme calabaza: su vientre, él, lo tenía más vacío que el bombo sobre el cual golpeaba desesperadamente para que la canalla concurriese a pagarle un sueldo por aquel milagro de su hijito. Pero no se veía un alma viva; y el niño estaba allá adentro, tirado sobre un montón de paños andrajosos, con las pequeñas piernas encogidas, moviendo fuertemente la cabeza, al batir los dientes, en el calofrío de la fiebre, mientras los rimbombos le producían espasmos en las sienas.

Del oscuro cielo caía una llovizna fina, incesante, rabiosa, que se infiltraba por todas partes, que llegaba a las médulas, que ponía un malestar en la sangre.

Los golpes del bombo entre aquella inmensa tristeza de antumbral crepúsculo se perdían sin eco, y Lázaro golpeaba, allí, tieso, lívido, entumecido, hundiendo en la sombra los ojos como para devorar alguna cosa, tendiendo la oreja entre uno y otro golpe como si le llegase también un aullido de borracho. Volvióse dos o tres veces para mirar aquel innoble pedazo de carne viviente, que anhelaba allá por tierra, y se encontró con una suprema mirada de dolor.

No se veía a nadie. De una callejuela oscura desembocó la sombra de un perro; pasó ligero por delante, con la cola baja; después paróse junto a la barraca, para roer un hueso hallado, quizás donde el bombo callaba; ráfagas de viento arremolinaban las hojas muertas, bajo las encinas: después silencio, y en el silencio, el continuo roer del can, el gotear y escurrir del agua, a trechos el estertor apretado del niño, estertor como de una garganta cortada.

MARIO CATALDO MARCIAL.

"LA REVISTA DE LOS NIÑOS"

Apareció el núm. 6 de esta revista

Dedicada exclusivamente al elemento infantil, se edita en el Uruguay esta revista racionalista, amena e instructiva. Se vende a personas mayores para que las distribuyan gratuitamente: 15 revistas valen 0.25 centavos. Pedirla en Buenos Aires, a su agente:

JUAN C. SATRAGNI, Canalejas 3435

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del H. Alvear

Atiende especialmente enfermedades
internas

RIVADAVIA 764 (primer piso)

U. Telef. 3717. Avenida

HORAS DE CONSULTAS: 2 a 4 p. m.